

1602

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CAMINO DEL PARNASO,
JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMP.^a
pasaje de Escudillers, núm. 4.

1869.

8

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALE

EL TEATRO.

- Al cabo de años mil...
 Amor de antaño.
 Abelardo y Eloísa.
 Abnegación y nobleza.
 Ángela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcano del Alma.
 Amar después de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de berencías.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Artículo por artículo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al África.
 Bonito Viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de reñas.
 Berta la flamenca.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Rondades y desventuras.
 Carlos de España.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 ¡Como se empuñe un marido!
 Con razón y sin razón.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres políticas.
 Contrastes.
 Catalina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carnioli.
 Candinito.
 Caprichos del corazón.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Cara y Cruz.
 Dos sobrinos contra un tío.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 D. Sancho el Bravo.
 D. Bernardo de Cabrera.
 Dos Artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honra.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y á moda.
 ¡Está local!
 En mangas de camisa.
 El que no cae .. resbala.
- El niño perdido.
 El querer y el rascar.
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El bongo y el mariñaque.
 ¡Es una malva!
 Echar por el atajo.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragón.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey Garcia.
 El afán de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sabastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada día.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de san Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarle español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último picbón.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroñeras.
 Egoísmo y honrado.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diablo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de París.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fè en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el abijado de todo el mundo.
 Génio y figura.
 Historia china.
- Hacer cuenta sin la hu
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Médicis.
 Ilusiones de la vida
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida
 Industria, comercio y
 Jaime el Barbudo.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinch
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos espa
 Los dos inseparables...
 La pesadilla de un case
 La hija del rey Rene.
 Los extremos.
 Los dedos buéspedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La torre de Lándres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa
 La esposa de Sancho el t
 La boda de Quevedo
 La Creacion y el Diluvio
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La madre de San Fernan
 Las flores de D. Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La ausencia de los perdid
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La providencia.
 Los tres banqueros.
 Las hermanas de la Carid
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (eleg
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los indios.
 Los moros del Riff.
 Los estranguladores.
 La segunda cenicienta.
 La peor cuña.
 La choza del almadréno.

EL CAMINO DEL PARNASO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EL CAMINO DEL SARRASIN

EL CAMINO DEL PARNASO.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. BARTOLOMÉ CARCASSONA.

—

La accion se supone en Madrid
y en nuestros dias.

—

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

1950

PHILOSOPHY DEPARTMENT

GRADUATE COURSE

PERSONAJES.

ELENA.

LOLA.

D. BENIGNO.


ALFREDO.

TIO PACO.

D. RUFO.

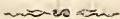
La accion se supone en Madrid
y en nuestros dias.

236A70257



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO ÚNICO.



Casa muy pobre. Puerta á la derecha, que es la de entrada: otra á la izquierda, que dá al interior. Ventana al foro. Mesa y sillas viejas: un baul en la escena. Elena está sentada junto al costurero, adornando con cintas la falda de un traje de baile.

ESCENA PRIMERA.

D. BENIGNO, ELENA.

ELENA. (*Tirando la falda.*) ¡Nada! en no casando los colores.....

BENIG. Pero, hija, ¡si estos casan admirablemente!

ELENA. ¿Verde y amarillo?

BENIG. Sí, señora; verde y amarillo: verde, color que simboliza la esperanza; amarillo, emblema de la felicidad. ¿Puede desearse un consorcio mas agradable?

ELENA. Mira, papá, tú no entiendes de estos fregados, y así no extraño.....

BENIG. Pero entiendo de otros barridos y no quiero que gastes mas dinero en cintajos. Nuestra posicion, por otra parte, no lo permite.

ELENA. No se reirán poco mis compañeras al verme con esta falda.

BENIG. ¡Déjalas que se rian! Dentro de poco podrás tú tal vez reírte de ellas.

ELENA. Sí; pero entretanto tengo que presentarme con esta falda chillona y de mal gusto, á bailar esta noche «El paso de las ondinas.» Mira tú, con qué decencia y propiedad representaré yo una ondina.

BENIG. Mira, hija mia; en este mundo todo es convencional. Si tuvieras que presentarte con la propiedad con que vestian las ondinas, tendrias que adoptar el traje de nuestra primera madre que es el que segun parece, vestian aquellas buenas señoras. Con que, ya ves tú lo bonita que estarias con un traje tan ligero. Del momento en que por decencia se ha convenido en alterar la verdad, lo mismo dá que representes una ondina con falda de gasa y adornos de tal, como que la representes con faldas de muselina adornada de cintas verdes y amarillas. La propiedad está en el nombre: el cartel dirá «ondinas» y tú serás tan ondina como las demás.

ELENA. ¡Dichoso teatro! ¡Pero mas dichoso el dia en que podré dejar de formar parte de él!

BENIG. Tú no sabes lo que te pescas ¡pobre hija mia! El teatro es la senda que ha de conducirnos al templo de la Gloria.

ELENA. En cuarenta años que llevas de teatro has llegado á segundo apunte, con diez reales, y yo que estoy en él desde que nací, ocupo una punta en el cuerpo de baile, con catorce y los descuentos. ¡Con tan brillantes posiciones, buenos estamos para pensar en la gloria!

BENIG. Así no hubieses dejado la zarzuela: á otra altura nos hallariamos.

ELENA. Pero, papá; ¡si yo no tengo voz ninguna!

BENIG. ¿Y eso qué importa? ¿Acaso se necesita voz para cantar en la zarzuela? Mira algunas de las eminencias de ella, y dime si sus fuerzas vocales se diferencian mucho de las acatarradas voces de los serenos de esta capital. Con algun conocimiento de la escena, un poco de música para no desafinar, y un mucho de exageracion en los tipos; un actor regular se convierte en una eminencia zarzuelera ó bufá, y gana en un mes, lo que no hubiera ganado en una temporada.

ELENA. Pero, papá; si no me siento con vocacion ni para la zarzuela ni para el baile... Déjame que salga del teatro y...

BENIG. ¿Y qué vas á hacer, infeliz?

ELENA. Coseré guantes ó vestidos, ó... En fin, yo me ingeniaré. Además; ya te dije que tenia un pretendiente, y solo de tu voluntad depende el que me case con él. Tú no has querido que le admitiera en casa...

BENIG. Haciendo lo que cumple á un padre que aprecia en

lo que debe el honor de su familia. De los jóvenes de hoy día, son contados los que se dirijen á una muchacha con buen fin. ¿Me dijiste que tu novio era un empleado de indirectas?

LENA. No, papá, no es empleado de indirectas; es un empleado de veras: está en el Banco.

BENIG. ¡Ah! ¿en el Banco? Creí que me habias dicho en Estancadas; pero es igual, es oficinista... ¡prosa pura! No es ese el novio que á mi me conviene.

LENA. Pero me conviene á mi que he de ser la protagonista en esa obra.

BENIG. Tú debes aspirar á mas. Nuestra suerte va á cambiar de un momento á otro, y quizás hoy mismo te convenzas de que los mejores partidos de la corte van á ser poco para la hija de D. Benigno Rebolledo.

LENA. ¿Y por arte de quién va á operarse este milagro?

BENIG. Por arte de mi talento. *(Se oye una voz en la calle que grita.)*

VOZ. La Correspondencia de España con las últimas noticias, ¡dos cuartos! La Correspondencia.

BENIG. ¡Eh! ¡muchachol! *(Yendo á la ventana.)* ¡Tú, de la Correspondencia! Súbeme un número.—¿Qué está muy alto? Aguárdate, hombre; bajaré yo por él. *(Separándose de la ventana y dirigiéndose al foro).* Cuando sepas mi nueva posicion te tendrás por muy dichosa en subir los ciento trece escalones que de la calle nos separan.

LENA. ¿Pero qué interés tienes en esa Correspondencia?

BENIG. Deja, Elena, que vaya por ella, y en sus columnas verás el cimiento de nuestra futura felicidad.

ESCENA II.

ELENA.

Por fuerza ha de ser algun desatino gordo que le ponga mas en ridiculo, y empeore, si cabe, nuestra triste situacion. Ese inmoderado afan de gloria, ó por mejor decir, esa ilusion de que ha de alcanzar la gloria y con ella un cambio en nuestra suerte, temo que ha de llevarnos, á mi á S. Bernardino, y á él á Leganés. ¡Dios quiera que no se realicen mis vaticinios!

ESCENA III.

ELENA, D. BENIGNO con *La Correspondencia*.

BENIG. (*Hojeando y muy gozoso.*) Aquí está. Miralo, miralo... y en letras gordas! ¡Ay! dame una silla. He subido corriendo los ciento y trece escalones y estoy que casi no puedo hablar.

ELENA. ¿Pero qué tienes? ¿qué te pasa? ¿Qué trae la Correspondencia?

BENIG. Léelo tú misma, Elena. Aquí, en la cuarta página... ese anuncio.

ELENA. (*Lee.*) «Una jóven de diez y siete años, recién parida, busca una casa para criar. Es soltera y tiene personas que abonarán su conducta.»

BENIG. No es ese; el de letras gordas.

ELENA. ¡Ah! (*Lee.*) «Al primor del siglo. Gran depósito de ataúdes.»

BENIG. (*Quitándole el periódico.*) Deja, mujer; ni que lo hicieras adrede. Este es, escucha. (*Lee en la cuarta página.*) «El camino del Parnaso. Academia de declamacion y baile, dirigida por el acreditado profesor D. Benigno Rebolledo. Mico, 36, cuarto 4.º»

ELENA. ¿Con qué eres tú?...

BENIG. Escucha, escucha el preámbulo. (*Lee.*) «La declamacion es el arte del bien hablar. Fundado en este innegable supuesto, es una verdad inconcusa que todas las clases necesitan aprender la declamacion: el comerciante, para demostrar de una manera indubitable hasta donde llega, ó por mejor decir, que no tiene limites el crédito que su firma alcanza entre la aristocracia de la banca; el fabricante, para demostrar la máxima bondad de los artefactos que en sus manufacturas se elaboran: el militar, para infiltrar en el ánimo de sus subordinados, las ráfagas violentas del amor patrio y constancia á sus banderas de que se halla poseido: (esto no impide el que alguna vez se pronuncien; pero siempre es una escepcion de la regla.) El enamorado, para vencer á su adorada Filis... de que son verdades aristotélicas los giros y pérfasis de su hiperbólica pasion; y finalmente, todas las clases necesitan de este noble arte para llevar al ánimo de sus oyentes el convencimiento de la verdad de sus incorruptibles intenciones. Secundando el desarrollo

físico al desarrollo moral, alcanza el hombre su grado máximo de perfectibilidad. Atendiendo el director á esta higiénica y moralizadora máxima, ha dispuesto además la apertura de una clase de baile anexa al establecimiento, á fin de que puedan, á la par que su vida intelectual, desarrollar su fuerza animal los alumnos de «El camino del Parnaso.» Dicha clase correrá á cargo de la inteligente profesora D.^a Elena Rebolledo y Montevirgen, hija del director y corifea de nuestros teatros.»

ELENA. Mira, papá, yo no quiero que pongas eso. Ni yo soy profesora, ni soy tan fea para que me pongas ese terminacho.

BENIG. Déjame concluir el anuncio. (*Lee.*) «Se abrirá una clase especial para abogados y predicadores, y se llevan los bultos á domicilio.» ¿Cómo, cómo? ¿Qué es esto? (*Vuelve á leer.*) «Y se llevan los bultos á domicilio.» ¿Pero, qué bultos son estos que han de llevarse á domicilio?

ELENA. No lo entiendo.

BENIG. Ni yo.

ELENA. Sospecho que han querido burlarse de ti.

BENIG. Y yo sospecho que andas atinada en tus sospechas.

ELENA. Pero, ¿quién puede haber sido?

BENIG. Eso no se pregunta. Siempre que despunta un génio alumbrando al mundo con la luz de su inteligencia, la envidia hace el oficio de apagador. No en vano se inventaron aquellas famosas palabras: «apaga y vámonos.»

ELENA. ¿Y no discurrees quién pueda ser el autor de esta broma?

BENIG. ¿Quién ha de ser? Mis compañeros, mis émulos, que envidiosos de la gloria que esto iba á reportarme, habrán sobornado *La Correspondencia* para atacarme por medio del ridículo. Dame el sombrero.

ELENA. ¿Dónde vas?

BENIG. A la redaccion de la competente, á ver si cojo los hilos de esta intriga de mal género.

ELENA. Hombre, déjalo; no te acalores.

BENIG. Ya sabrá la competente la persona con quien trata.

Dejar que de mi se burlen;

Esto solo nos faltaba.

(*Dice estos versos calándose el sombrero y desapare-*

ciendo con aire marcial por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

ELENA.

Lo dicho: no para hasta Leganés. ¿Y Alfredo? ¿qué vá á pensar de esta nueva tontería? Si pudiéramos unirnos, aun que fuera sin el consentimiento de papá... Una vez casados ya obtendríamos su perdón; que los padres perdonan siempre estas faltas á sus hijos. No quiero pasar por el ridículo de enseñar una cosa que no sé, y mientras viviese con papá no me atrevería á desobedecerle. Y á todo esto, ¿cómo me las gobierno para bailar esta noche «Las Ondinas»? Con esta falda, imposible. *(Quédase un rato pensativa hasta que al fin exclama recordando dos versos de don Francisco de Quevedo.)*

¡Señor, un rayo de luz
entre tanta oscuridad!

(Vuelve á quedar pensativa.) ¡Nada, nada! ¡Ah! ¡sí, sí! La Providencia no falta nunca al socorro de los desgraciados y esta vez ha venido en mi auxilio bajo las formas de una cortina y un pedazo de mosquitera. Ya está decidido: con la cortina de mi alcoba, que es de lilon, me arreglaré la falda y los adornos serán los trozos de nuestra rota mosquitera verde. Algo descolorida está; pero mi diadema dorada, brazaletes de doublée y mi collar de perdrería suplirán la falta de lujo de la falda. Vamos á arreglarlo para tenerlo todo listo cuanto antes. ¡Ay, señor! ¡Cuándo me veré libre de estos belesnes! *(Vase por la izquierda, llevándose la falda.)*

ESCENA V.

ALFREDO (CON UNA CORRESPONDENCIA.)

Aquí debe ser: Mico, 36, 4.º Y el nombre no deja lugar á duda ninguna. «Don Benigno Rebolledo y doña Elena Rebolledo y Montevirgen.» Ellos son, de hijo. ¿Pero es posible? En el padre lo com-

prendo muy bien : pero Elena..... ¿Arrostrará de ese modo el ridículo? ¿Será falsa la opinion que de ella tengo formada? Pronto sabremos la verdad. Aquí sale.

ESCENA VI.

ALFREDO, ELENA.

- ELENA. ¡Alfredo! (*Gozosa.*)
- ALFR. (*Con cierta gravedad irónica.*) A los piés de V., señorita.
- ELENA. (*Turbada al oír tal acojida y contestando en el mismo tono.*) Beso á V. la mano, caballero.
- ALFR. ¿Podrá V. decirme, señorita, si estoy en el camino del Parnaso?
- ELENA. (¡ Ah !)
- ALFR. Ese anuncio... (*Mostrando el periódico.*)
- ELENA. Es obra de mi padre, Alfredo.
- ALFR. ¡Ya! Pero como he visto en él que V. era otra de las profesoras del establecimiento, vengo á que me dé V. unas cuantas lecciones de baile, con el solo objeto de desarrollar mi fuerza animal.
- ELENA. Eres, Alfredo, muy cruel. Ese anuncio se ha publicado sin que de él supiera yo lo mas mínimo, y dispuesta estoy á oponerme formalmente á su realizacion, por lo menos respecto á lo que á mí atañe. Esperando estaba verte esta noche para suplicarte en nombre del amor que tantas veces me has jurado, que me saques cuanto antes de la penosa situacion en que estoy. Mi padre se opondrá á nuestros deseos, de fijo: aquella pobre cabeza se ha llenado de ilusiones ridiculas que al cabo acabarán con su razon, y en su exaltado delirio funda en mí la base que ha de llevarle á la realizacion de sus aspiraciones. Pero si se opone, pongámonos bajo el amparo de la autoridad. Algunas veces me lo has propuesto y yo nunca lo he querido aceptar; pero ahora te lo suplico, Alfredo mio, sácame de este violento estado, y mi amor te recompensará con creces el sacrificio que con ello hagas.
- ALFR. Elena mia, tus francas palabras han desvanecido una horrible duda que oprimia mi corazon. Perdóname; pero al leer este anuncio he llegado á figurarme que era tu amor una farsa; que acostumbrada á finjir en la escena, finjias tambien conmigo,

- y que á la modesta dicha de ser una mujer de tu casa, preferias ese deslumbrante oropel que se llama el teatro.
- ELENA. ¡El teatro! ¡qué poco sabes tú lo que es eso, que llaman el teatro!
- ALFR. Pues hoy mismo vas á dejarle si tal es tu voluntad. Libre ya, por mi mayor edad, de la tutoría de una hermana de mi madre, nada habrá que se oponga á nuestra dicha.
- ELENA. ¿Se oponia tu tia acaso á nuestra union?
- ALFR. Mi tia, sin consultar las respectivas fées de pila, habia alimentado estúpidas ilusiones terjiversando el cariño que como á tal tia la profesaba.
- ELENA. ¿Es posible?
- ALFR. Pero la reflexion desvanecerá sus quiméricas esperanzas cuando vea realizada una union á la que no pueda oponerse ya, y volverá á ser para nosotros lo buena que siempre ha sido para mí. ¿Dónde está tu padre?
- ELENA. Ha salido : poco tardará.
- ALFR. Pues aquí le aguardo y le entablaré al momento mi peticion.
- ELENA. No, mejor será que te vayas: temo que se enfurezca al encontrarte aquí. Te conoce ya de verte entre bastidores, y no te tiene mucha voluntad, porque teme que vas á desbaratar sus planes. Vuelve dentro de un rato, que yo trataré de prepararle.
- ALFR. ¡Como comprendas, Elena mia! ¡mi amor! ¡Ah! ¡En breve podré darte otro nombre mas dulce!
- ELENA. ¡Alfredo!
- ALFR. Adios, Elena, adios. Hasta dentro de muy poco.

ESCENA VII.

ELENA.

(Le acompaña hasta la puerta. Al poco momento y como al perderle de vista, dice.) ¡Adios! *(Vuelve á la escena.)* ¡Oh felicidad! ¡Seré suya! ¡podré dejar el teatro! ¡Oh! si lograra que papá lo dejase tambien... Ya no tendré que pensar en vestidos... *(Como recordando.)* ¡Diantrel! ¿Y mi falda para esta noche? Señor, ¿por qué no vestirian las ondinas una falda de muselina de lana y un saco de idem, que con lo que llevo estaria ya aviada? Vamos á arre-

glarnos el dichoso traje. (*Va á marcharse por la izquierda al mismo tiempo que sale D. Benigno por la derecha.*)

ESCENA VIII.

D. BENIGNO, ELENA.

BENIG. ¡Elena, Elena! Ya está aclarado el enigma: no hay intrigas, no hay enemigos. Ha sido torpeza, torpeza pura de *La Correspondencia*, y no mas. Ya me han dicho que esto les sucede con mucha frecuencia; pero que no hay mala intencion. Mañana rectificarán.

ELENA. ¿Pues qué ha sido?

BENIG. Nada: que por final á mi anuncio han puesto el de una sociedad de transportes; pero me han prometido que mañana saldria un suelto en el que dirian: «mejor informados, podemos asegurar que lo que dijimos ayer de llevar bultos á domicilio, es completamente falso.» En fin, lo que acostumbra á hacer siempre *La Correspondencia*.

ELENA. ¿Y no valdria mas que te dejases de locuras y abandonases una idea que solo el ridiculo ha de darte por resultado.

BENIG. Calla, ¡calla! ¿Qué sabes tú? El mundo admirará la sublimidad de mi concepcion, cuando vea el decadente teatro español regenerado por el «Camino del Parnaso.»

ELENA. ¡Buena estará la regeneracion!

BENIG. Entonces verás escrito en letras de oro: «tan sublime obra, se debe al esclarecido.....»

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA DOLORES.

DOLOR. ¡Don Benigno Rebolledo!

BENIG. (*Muy gozoso á su hija.*) (*Hasta la Providencia se encarga de la terminacion del rótulo.*) Pase usted adelante, señora: Benigno Rebolledo tiene el honor de recibir á usted.

DOLOR. He visto anunciado «El camino del Parnaso», y como la apertura de esa academia responde á una

- necesidad mia, me he apresurado á suscribirme á una de sus cátedras.
- BENIG. ¿La señora desearia tal vez aprender el baile?
- DOLOR. No: eso vendrá despues.
- ELENA. Papá, yo no enseño á nadie. (*Ap.*)
- BENIG. ¡Cállate! (*Id.*)
- DOLOR. He visto el anuncio, y su lectura me ha convencido de la utilidad que ha de réportar tan útil institucion; y como yo formo parte de una de las clases aludidas.....
- ELENA. ¿Tendrá V. algun comercio?
- DOLOR. No, jóven; estoy..... En fin, ¿á qué andar con rodeos? Estoy perdidamente enamorada.
- ELENA. }
BENIG. } ¡Ah!
- DOLOR. ¿Lo estrañan ustedes?
- BENIG. Cá, no señora. El ciego Cupidillo no conoce ni sexo ni edad.
- DOLOR. ¡Oh! no crea usted que la mia sea tan adelantada. ¿Qué edad tiene usted, niña?
- ELENA. Veinte y dos años.
- DOLOR. Pues muy pocos le llevo á usted.
- ELENA. (*Despues de doblados.*)
- DOLOR. Pues como deciamos: el amor que cuando se apodera de un corazon sensible manda én él cual tirano absoluto, ha hecho presa del mio que es todo ternura y sensibilidad. ¿Usted comprende el idealismo, el absolutismo de una pasion?
- BENIG. No, señora; soy demócrata; no comprendo el absolutismo en nada.
- DOLOR. Entonces será usted partidario de la escuela realista.
- BENIG. Tampoco. ¡Si el año veinte y siete ya andaba á tiros con esa gente!
- DOLOR. No; ¡si no hablo de política!
- ELENA. Papá, confundes lastimosamente las cosas.
- DOLOR. Me referia al punto de vista bajo el cual son apreciados los afectos del alma en las distintas escuelas filosófico-literarias.
- BENIG. ¡Ah! ya: eso es cosa de los maestros de primeras letras.
- DOLOR. Pues, como decia; el amor se ha apoderado de mi corazon, y el ingrato por quien palpita huye de mi lado, no comprende el volcan de mi pasion. He visto que la declamacion podria servirme para retener al pérfido Telémaco que intenta huir de su

apasionada Calipso; y vengo á que usted me enseñe alguna declaracion candente que le desvie de su nefando propósito.

BENIG. Señora doña..... *(Como preguntándole el nombre.)*

DOLOR. Dolores Gutierrez; pero me llaman Lola.

BENIG. Pues, señora doña Lola; la declamacion debe aprenderse por principios. Primeramente aprenderá usted el tratado de declamacion de D. Julian Romea, que es la teoría del arte; luego entraremos á la parte práctica, y entonces vendrán las declamaciones.

DOLOR. Es que no tengo tiempo que perder.

BENIG. Pues señora, lo primero es la teoría.

DOLOR. Pero, señor D. Benito, ¿no considera usted que mi edad no es ya la edad de las teorías? Práctica, práctica; y con ella saldremos del paso.

BENIG. Una vez que usted se empeña..... Pero le advierto que los emolumentos serán mas.

DOLOR. Soy rica lo suficiente para pagar lo que sea: si logro que mi sobrino se ablande, doble será la recompensa.

ELENA. ¿Con qué, es un sobrino?

DOLOR. Sí, señorita; un sobrino del cual he sido tutora hasta hace pocos dias.

ELENA. *(¿Si será Alfredo?)*

DOLOR. La docilidad y el cariño que durante su menor edad me mostró, hicieron que mi pobre corazon preso al poder de sus atractivos se forjara las cadenas que le aprisionaron; y cuando esperaba el momento de fundir en una nuestras dos existencias, ¡ay! el fementido me anuncia que va á casarse con otra. ¿Comprende usted mi situacion?

BENIG. Apuradilla es.

DOLOR. Búsqueme usted una relacion, con la que pueda persuadirle.

BENIG. Dificultosa es la empresa. No hay en nuestro teatro autor que se haya atrevido á escribir un tipo de tia que logre inducir á su sobrino á que se case con ella.

DOLOR. Eso no importa: alguna relacion habrá de esas que llegan al alma: me la enseña usted bien, y despues ya sacaré yo partido.

BENIG. Pues nada tan á propósito como una escena de «La vaquera de la Finojosa.»

DOLOR. «La vaquera» me la sé de memoria.

BENIG. Precisamente aquí la tengo. *(La echamos esta no-*

che.) *(A su hija, dándole la comedia.)* Mira; tú podrás servirnos de apuntador. Aquí, en la escena octava del acto primero.

ELENA. *(A D. Benigno.)* (Papá, mira que yo no sirvo para farsas.)

BENIG. *(A Elena.)* (¿Vas ahora á hacerme rabiar? ¿No ves que este es el primer paso en el sendero de la gloria?)

ELENA. (Pues si así los damos, antes de llegar al Parnaso me parece que tropezaremos con el manicomio.)

BENIG. *(Calla y secúndame.)* *(Durante este tiempo D.ª Dolores se habrá quitado el sombrero ó mantilla, preparándose á declamar.)*

BENIG. *(Esplicando la acotacion.)* Es cuando Iñigo baja de la montaña contemplando á Catalina. Yo haré de Iñigo; usted, de Catalina. Usted, me vé: ambos lanzamos un grito de júbilo; y asados de las manos— digo, asidos de las manos, nos adelantamos al proscenio ébrios de alegría. Vamos á hacerlo. *(Dá la comedia á Elena que va apuntando del modo que requiere la escena.)*

LOS DOS. *(Declamando.)* ¡Ah!!

BENIG. Cuidado con este ¡ah!! mas intenso, mas tierno *(Todo este trozo de declamacion ha de ser enfático, ridículo y á gusto del director. D. Benigno declamará silabeando y sin marcar ninguna sinalefa.)*

LOS DOS. *(Despues de mirarse de una manera estrambótica con una ternura exagerada.)* ¡Ah!!

BENIG.

Entre enojos
triste vivo,
de tus ojos
soy captivo.

Vaquerica, mi vaquera,
luz que alumbra á Finojosa.

lisonjera
niña hermosa,
flor sencilla,

encantada maravilla;
ya non vivo

sin enojos;
soy captivo
de tus ojos;

y és mi pena,

que, aunque arrastro tu cadena,
non me alienta otra vegada,

cual un tiempo que atrás miro,
ni la luz de una mirada
ni el perfume de un suspiro.

DOLOR.

¿Vos non vivo?
¿Son antojos?

BENIG.

(*Sin declamar.*) Mas ternura, mas espresion. (*Declama exagerado.*)

¿Vos non vivo?
¿Son antojos?

(*Hablado.*) Así, con cierta dulzura penetrante.

DOLOR.

¿Vos non vivo?
¿Son antojos?
¿Vos captivo
de mis ojos?

BENIG.

Así, así, ¡Bravo, bravo!

DOLOR.

Caballero, caballero,
cortesano cauteloso
lisonjero
mentiroso,
mi manera
es de rústica vaquera.
Verdad trato.
Yo, aunque altiva,
de un ingrato
soy captiva;
y es mi pena,
que, aunque arrastro su cadena...

BENIG.

Cuidado con eso; silabear bien. Nada de sinalefas; no importá; aunque el verso sea largo, nada de sinalefas. Este es el bello ideal de la declamacion española, y el que se propone hacer prevalecer «El camino del Parnaso.»

DOLOR.

Y es mi pena,
que, aunque arrastro su cadena...

BENIG.

¡Eso es, eso es!

DOLOR.

Non me viene á dar consuelo
en angustia tan notoria,
nin su vista que es mi cielo,
nin su acento que es mi gloria.

BENIG.

Aun le falta un poco de ternura. (*Y vuelve á declamar.*)

¿Tú con pena?
¿tú quejosa,
azuçena
primorosa?
Por el polvo que levanta
tu lijera
breve planta,
ciego diera
¡niña mía!
mi elevada gerarquía,
mis vasallos,
mis labranzas,
mis caballos
y mis lanzas,
mi castillo,
mis blasones de mas brillo,
y faltando á toda ley
—que de amor no hay otra en pos.
—desde el brazo, que es del Rey,
hasta el alma, que es de Dios.

DOLOR. ¡Vida mía!
BENIG. ¡Mi bonanza!
DOLOR. ¡Mi alegría!
BENIG. ¡Mi esperanza!
DOLOR. Una prenda tuya espero.

BENIG. Toma mi cadena de oro. (*D. Benigno, que está con el sombrero en la mano, se lo dá maquinalmente y ella lo toma del mismo modo.*)

DOLOR. ¡Yo te quiero!
BENIG. ¡Yo te adoro!
DOLOR. Non te ofenda
si por prenda doyte prenda.

BENIG. Cual te cuadre.
DOLOR. Un collarico
hoy mi padre
dióme rico.
En tu cuello
¡mil veces será mas bello!
¡Voy por él!

BENIG. Que mi alegría
no haga tu tardanza enojos.

DOLOR. ¡Ay, señor del alma mía!
BENIG. ¡Ay, vaquera de mis ojos!

ESCENA X.

DICHOS, ALFREDO.

(Al concluir la escena anterior, fingiendo el despido de Catalina, se dirige D.^a Dolores hácia la puerta de entrada y se encuentra con Alfredo que entra en aquel momento.)

LOS DOS. *(Confusos.)* ¡Ah!

ALFR. Mucho me estraña el encontrarme con V. en esta casa, mi querida tia.

BENIG. *(¡Ah! es el sobrino.) (Se acerca á D.^a Dolores y como apuntándole bajo lo que ha de decir.)*

Caballero, caballero,
cortesano cauteloso,
lisonjero
mentiroso...

DOLOR. Alfredo, yo he venido... ¿Puede que hayas tú venido á lo mismo?

BENIG. ¿El señor necesita tambien alguna leccion para enamorar?

ALFR. No, caballero: es mas formal el objeto que motiva mi venida. *(A D.^a Dolores.)* Sin que de ningun modo apruebe la absurda ó poco premeditada conducta de usted, me alegro de que se halle aquí: así será usted testigo de mi formal resolucion. D. Benigno, su hija de usted me quiere y vengo con toda formalidad á pedírsela en matrimonio.

ELENA. ¡Ah! *(Alegria.)*

BENIG. ¡Ah! *(Con asombro.)*

DOLOR. ¡Ay! *(Con mucho dolor.)* ¿Con qué es cierta mi desdicha? ¿con qué es decir que he venido á asistir al triunfo de mi rival?

ELENA. Señora... *(Con dulzura.)*

DOLOR. ¡Rábanos! *(A Alfredo.)* ¿Con qué menosprecias, ingrato, un corazon que solo late por tí? ¡Ay! á mi me vá á dar algo.

ALFR. Sosiéguese usted, tia.

DOLOR. Aparta, mónstruo; y si me dejara llevar de mi ira... *(Le amenaza con el sombrero de D. Benigno.)*

BENIG. Señora, que es hijo único de viuda.

DOLOR. ¡Ay! sosténgame usted, D. Benigno, que me voy á desmayar. *(Va á desmayarse y de pronto se levanta.)* Pero no esperes gozar en paz la dicha que á mi me

arrebatas; pues ya que persistes en tu criminal intento, lanzo sobre tu cabeza tres veces mi maldición. (*Le tira el sombrero de D. Benigno.*)

BENIG. ¡Adios! ya lo apabulló.

DOLOR. ¡Ay! yo me desmayo. ¡D. Benigno, lléveme V. á mi casa: Arenal, 6, 2.º ¡Ay, ay!

BENIG. Señora, que no sellevan los bultos á domicilio: que ha sido una de las muchas torpezas de «La Correspondencia.» Mañana rectificarán. (*Entretanto doña Dolores cayendo en brazos de D. Benigno, ha dicho entremezclado de suspiros.*)

DOLOR. Fementido ¡traidor! (*Y ahora queda desmayada.*)

BENIG. ¡Adios! se desmayó. No: pues yo no la llevo á su casa, no pago á ese precio un error de «La Correspondencia.»

ELEN. Mejor será que la llevemos á mi cuarto hasta que vuelva en sí.

BENIG. ¡Ya respira!

ALFR. Si, Elena: procura que recobre los sentidos, mientras hablo aquí con tu padre.

ELEN. Vamos, señora.

BENIG. Sí dura un momento mas, me caigo redondo. ¡Y cómo pesa la buena señora!

ESCENA XI.

D. BENIGNO, ALFREDO.

ALFR. Con que ya sabe V. mi pretension. Espero contentará V. á ella de una manera favorable.

BENIG. Caballero: ¿V., sabe lo qué es la gloria?

ALFR. Deseo una respuesta categórica y no preguntas evasivas.

BENIG. Pues voy á ser categórico. El hombre que como yo está en el camino de la gloria, no puede desprenderse de ninguno de los medios de locomocion con que cuenta para llegar á la cima.

ALFR. Déjese V. de absurdas ridiculeces.

BENIG. ¡Oh, jóven insensato, que llama ridiculez al noble arte de la declamacion!

ALFR. No; si el ridículo no es aquí el arte, sino V.

BENIG. ¿Usted sabe con quién habla?

ALFR. Acabemos. ¿Me concede V. la mano de su hija?

BENIG. No puedo destruir la academia que con tanto éxito acabo de inaugurar.

ALFR. ¿Con qué... es decir, que me la niega?

- BENIG. Como á padre y profesor, no puedo menos que negársela.
- ALFR. Entonces los tribunales me ampararán en mi derecho.
- BENIG. Pero, jóven, ¿usted quiere matar «el camino del Parnaso?»
- ALFR. El que quiere matarse es...

ESCENA XII.

DICHOS, el TIO PACO.

- IO. ¿Don Benigno Rebolledo?
- BENIG. No, eso no es verdad.
- IO. ¿Cómo que no es verdad?
- BENIG. No; si yo contestaba á otra cosa.
- IO. Eso es diferente; porque hasta la fecha, naide ha dicho al tío Paco en sus barbas que haiga faltao á la verdad. Porque yo soy liberal, ¿está usted?
- BENIG. Me alegro mucho.
- IO. ¿Es usted tambien liberal?
- BENIG. Sí señor; soy demócrata.
- IO. Pues toque V. estos cinco.
- BENIG. ¿Puedo saber en qué he de serle útil?
- IO. ¿Usted es D. Benigno Rebolledo?
- BENIG. Para servir á usted.
- IO. Pues ya verá usted.
- BENIG. (A Alfr.) ¿Usted me dispensa un momento?
- ALFR. (Sentándose.) Por dispensado. No llevo prisa.
- IO. Como le decia á usted; yo soy progresista.
- BENIG. ¡Ya!
- IO. Como que ya me bati el 56, y aluego en Junio... y ahora ya tenia el trabuco preparao... y siempre en defensa de mis principios y porque me lo decia el sastre de al lao de mi tienda, que es un hombre que sabe mucha pulítica.
- BENIG. Pero vaya usted al caso.
- IO. Voy al caso. ¡Hombre, qué poco liberal será usted, cuando no deja que las gentes se espliquen! Pues como decia á usted; esta mañana he visto en los periódicos que los buenos patriotas deben ocupar los puestos de la administracion; y como los amigos me han dicho que haria yo un buen intendente ó gobernador, me he decidido á presentarme. Por otra parte, *aquella* me está diciendo á caa momento: «Paco, no seas avestruz: ya que tienes los ami-

gos en el menisterio, anda y que te dén también una breva.» Y al *ultimo* he conocio que *aquel* tiene razon.

BENIG. *Aquella*, será su esposa.

TIO. No señó: es Colasa, una buena moza. Es... mi arde llaves; pero me tiene mas frito... En fin, volvamos al negocio: tengo unos cuartejos y quiero gartármelos en ser gobernaor.

BENIG. No comprendo en qué pueda serle útil.

TIO. ¿Cómo que no comprende? (*Saca la Correspondencia.*) Aquí dice que enseña usted una cosa que ha de ser útil á todo el mundo.

BENIG. ¡Ah! ya; pero para esto no sirve.

TIO. ¿Con qué no sirve, eh? ¿Y usted es liberal y engaña de ese modo al público?

BENIG. ¿No vé usted, D. Alfredo?

ALFR. Estas son las consecuencias de su rimbombante anuncio.

BENIG. (*Al tio Paco.*) Pero, hombre, atienda usted.

TIO. ¡No señó! ¿Me enseña usted eso?

BENIG. ¡Si no puedo!

TIO. ¿Y usted es liberal? ¡Qué ha de ser liberal! Los liberales no han engañado nunca á nadie. Usted lo que será un grandísimo neo; dicho sea con perdon de las personas decentes. (*Como dirigiéndose á Alfredo.*)

BENIG. Tio Paco, usted me falta y yo no falto nunca nadie.

TIO. ¿Qué ha de faltar? Si los neos en toas partes sobran.

BENIG. Es que yo no soy neo. Soy liberal acreditado, tengo dadas mis pruebas...

TIO. ¿Usted es liberal? ¡Vaya un liberal que lo enseña to y no puee enseñar á un hombre á ser gobernaor.

BENIG. Pero si yo....

TIO. ¡Nada! ¿Me lo enseña usted?

BENIG. (*Pateando.*) No, no, no, y mil veces no!

TIO. Pues yo he de ser empleado, y no salgo de aquí sino que me adiestre usted para ello. (*Sentándose.*)

BENIG. (*A Alfr.*) Pero, ¿ha visto usted mayor barbaridad

TIO. (*Levantándose y amenazándole.*) A otra indirecta que suelte, lo va usted á pasar mal, porque yo soy.....

BENIG. Sí, sí. Si ya lo sabemos. Usted es liberal, y á mala de liberal, progresista.....

TIO. ¡Exartaos!

BENIG. Si; eso es.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. RUFO.

- UFO. ¿Qué batahola es esa? ¡Mire usted, mire usted! tres ladrillos rotos. (*Mirando por el suelo.*)
- BENIG. Buenos dias, señor D. Rufo.
- UFO. ¿Con qué, es decir, que despues de no pagar al case-ro, aun echa usted á perder la casa?
- BENIG. Buenos dias, señor D. Rufo. (*Con humildad.*)
- UFO. No, si no son buenos dias lo que yo necesito; sino buenos dineros y buenos inquilinos.
- IO. ¿Usted es liberal?
- UFO. No señor, soy propietario.
- IO. ¡Ah! ¿con qué no es V. liberal? (*Furioso.*)
- UFO. ¡Sí, hombre, sí! En estos dias he cantado lo menos seis veces el himno de Riego. (*Espantado.*)
- IO. Pues para ser liberal me parece que debería usted usar de otra clase de espresiones.
- UFO. Juzgue usted mismo si mi queja es fundada. Hace dos dias que el señor debia bajarme el alquiler de este mes—porque yo vivo aquí mismo, en el cuarto tercero—y esta es la hora en que lejos de parecer por mi casa, asusta á los demás inquilinos con la infernal batahola que en este cuarto se está armando. Yo, amigo, con la libertad sola no puedo vivir: es preciso que coma de mis rentas, y si estas no se me pagan..... Harta pena es para mí tener que vivir de las tres solas casas que poseo. ¡Y mire usted (*Examinando las paredes*) en qué estado de deterioro me tienen este cuarto!
- IO. Hombre, déjelo usted, y haga que el señor me enseñe á ser gobernaor ó intendente, que luego se arreglará todo.
- UFO. ¿Cómo? ¿el señor puede enseñar á ser gobernador?
- BENIG. ¡Por Dios, tio Paco!
- IO. Tome usted; (*Dándole una Correspondencia.*) lea aquí, y verá que el señor enseña la reclamacion que es útil para too.
- UFO. ¡Oh! Pues, D. Benigno; le hago á usted gracia del alquiler, si me enseña usted el modo de que paguen doble los demás inquilinos.
- BENIG. Señores, que «El camino del Parnaso» no puede enseñar estas cosas.
- IO. Tiene razon; esto no es de liberal.

- RUFO. ¿Y qué me importa á mí la libertad? Furioso.
 TIO. ¿Cómo que qué le importa á usted?
 RUFO. ¡Eh! Déjeme usted en paz. D. Benigno, pronto; enseñeme usted el modo de doblar los alquileres. *(Tirándole de un lado.)*
 TIO. *(Tirándole de otro.)* Antes me ha de enseñar á mí á ser gobernaor.
 ALFR. *(Riéndose.)* No tiene precio este cuadro.
 BENIG. ¡Señores, si yo no me he comprometido nunca á estas cosas!
 TIO. Sí, señor; «Correspondencia» ¡canta!
 RUFO. Es verdad, la «Correspondencia» canta.....
 BENIG. *(Tratando de desasirse.)* Pues la «Correspondencia» toca el violon.
 TIO. ¡Oh! no se irá usted sin que antes me enseñe usted á mí.
 RUFO. No señor, ¡á mí!
 TIO. ¡A mí!
 RUFO. ¡A mí!
 BENIG. Pues á ninguno de los dos, se acabó. Se cierra el curso; ya no se admiten matrículas.
 TIO. No espere usted que esto se acabe así.....
 RUFO. ¡Qué ha de acabar!
 ALFR. *(Levantándose é interponiéndose.)* ¡Alto, señores esto es un atropello que *(Al tío Paco)* ni la libertad lo consiente, ni *(A D. Rufo)* puede tolerarse la usura. *(A D. Benigno.)* Espero que esta lección curará á usted de su incomprensible manía.
 BENIG. Sí; no mas caminos donde tan fácil es estrellarse.
 TIO. ¿Es usted liberal? *(A Alfr.)*
 ALFR. Por la misma razon que soy liberal, detesto los atropellos.
 TIO. Pues yo he venio por empleo, y sin él no salgo de aquí.

ESCENA XIV.

DICHOS, ELENA, D.^a DOLORES.

- DOLOR. No, si no me ha de convencer usted. *(Continuando una conversacion.)* Es un traidor, un perjuro, un hipócrita á quien detesto tanto como antes queria.
 ELENA. ¡Pero si él la quiere entrañablemente!
 DOLOR. ¿Y se casa con usted? Pues yo os aborrezco á los dos con mis cinco sentidos. Y para que no esperéis nada de mi liberalidad, voy á dar mi mano al pri-

mer hombre que se presente, á fin de que nunca podais esperar el heredar mis cuantiosas riquezas.

IO. (¡Rica y liberal! Pues señor; ya tengo empleo.) (A D.^a Dolores.) Señora, ¿es usted liberal?

DOLOR. Sí, señor: ¿por qué me lo pregunta usted?

IO. Porque yo tambien lo soy. Tengo algunos cuartos y soy soltero. ¿Quiere usted aceptar mi brazo y mi compañía hasta su casa?

DOLOR. (Algo feo es; pero él será mi vengador.) Acepto con sumo gusto; vámonos de aquí. (Al llegar al fondo vuelve á bajar y dice á Alfredo.) Adios, monstruo; hasta...

ALFR. ¿Que se le pase á usted el enfado?

DOLOR. Hasta nunca mas. (Y se vá furiosa dando el brazo al tío Paco.)

IO. (Al irse.) ¡Cuando dije que no me iria sin empleo!

ESCENA XV.

DICHOS, menos el TIO PACO Y D.^a DOLORES.

RUFO. Ahora podría usted aleccionarme.

BENIG. Dispense usted: no es mala la leccion que acabo yo de recibir.

RUFO. Pues entonces, yo...

ALFR. Usted cobrará lo que se le adeuda, y desde mañana puede disponer del cuarto.

RUFO. Con que solo lo ocuparán...

ALFR. El tiempo necesario para disponer la traslacion de los muebles.

RUFO. Pues voy á ver si lo endoso al futuro matrimonio que acaba de salir de aquí. Los cuartos no ganan nada estando desalquilados. Caballero! señora... (Váse repitiendo los gritos hasta que se pierde la voz.)

ESCENA ULTIMA.

D. BENIGNO, ALFREDO, ELENA.

ALFR. ¿Supongo que no se opondrá usted ya á nuestra union?

BENIG. No, hijos míos: sed dichosos en el camino del amor y esto me consolará de mi caída en el «Camino de Parnaso.»

ALFR. ¿Estás contenta, Elena mía?

ELENA. ¿Cómo no estarlo, Alfredo, si este es el día más dichoso de mi vida? *(Se abrazan.)*

BENIG. *(Dirigiéndose al público.)*

Señores, al primer paso
«El camino del Parnaso»
se estrelló:

¡que no se estrelle la pieza!
Si la aplaudís, con franqueza,
se salvó.

FIN.

plotas.
 s del viento.
 lino de Correlargo.
 de oro.
 del regimiento.
 s de mi mujer.
 i hijos.
 i madres.
 remos.
 era de Murillo.
 inera.
 auza de Catana.
 quesita.
 pla de la vida.
 e de Garan.
 e sin piloto.
 igos.
 a en el campamento, ó
 as de Africa.
 arlos.
 alleros de la niebla.
 da de matrimonio.
 e de Babel.
 i del gallo.
 obediencia.
 na alhaja.
 i mimada.
 ridos (refundida).
 ná.
 ojo.
 y mi sobrina.
 Zurbano.
 y María.
 i en 1818.
 á vista de pájaro.
 bre hojuelas.
 es de Polonia.
 ill ó la Emparedada.
 coo suerte.
 s de aldea.
 er y el primo.

Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para beridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que couvido al Coronell...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 ¡R. I. P. I
 Rebeca.
 Rival y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Subresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos
 Traidor, inconfeso y mártir.
 Trabajar por cuenta ajena.

Todos unos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración semeniua.
 Un dónmne como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemaropa.
 ¡Un Tiberiol
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los ca-
 bellos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serrania de Rooda.

ZARZUELAS.

ca y Medoro.
 de buena ley.
 nias feo.
 es y cuchilladas.
 ina la Gitana.
 y Marte.
 y Flora
 enando.
 Mariquita.
 santo, ó el Alcalde pro-
 tor.
 scual.
 hiller.
 trino.
 ayo de una ópera.
 sero y la maja.
 ro del hortelano.
 uta y en Marruecos.
 na en la ratonera.
 os de carnaval.
 rio (drama lírico.)
 tillon de la Rioja. (*Música.*)
 conde de Letorieres.
 ndo á escape.
 itan español.
 meta.
 mbre feliz.
 allo blanco.
 egial.
 imo mono.
 mer vuelo de un pollo.
 Pinto y Valdemoro.
 gnetismo... ¡animall
 ifa de la calle Mayor.
 i astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de Ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 ómnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La Modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardiuera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocuiero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.	Manzano.	Lugo.	Viuda de Puj
Albacete.	Ruiz.	Mahon.	Vinent.
Alcoy.	Martí.	Málaga.	Taboadela.
Algeciras.	Muro.	Idem.	Moya.
Alicante.	Viuda de Ibarra.	Mataró.	Clavel.
Almería.	Alvarez.	Murcia.	Hered. de And
Ávila.	Lopez.	Orense.	Perez.
Badajoz.	Coronado.	Orihuela.	Martinez Alva
Barcelona.	Cerdá.	Osuna.	Montero.
Idem.	V. de Bartumeus.	Oviedo.	Martinez.
Bejar.	Lopez Coron.	Palencia	Hijos de Gutie
Bilbao.	Astuy.	Palma.	Gelabert.
Burgos.	Hervias.	Pamplona.	Ríos.
Cáceres.	Valiente.	Pontevedra.	Buceta Solla
Cádiz.	Verdugo Morillas y compañía.	Pto. de Sta. María.	compañía.
Cartagena.	Pedreño.	Reus.	Valderrama.
Castellon.	J. María de Soto.	Ronda.	Prius.
Ceuta.	M. G. de la Torre.	Salamanca.	V.º de Gutierr
Ciudad-Real.	Acosta.	San Fernando.	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejada.	Sanlúcar.	Martinez.
Córdoba.	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Oña.
Coruña.	Lago.	Santander.	Poggi.
Cuenca.	Mariana.	Santiago.	Hernandez.
Ecija.	Giuli.	San Sebastian.	Escribano.
Ferrol.	Taxonera.	Segorbe.	Garralda.
Figueras.	Viuda de Bosch.	Segovia.	Gra. Campos.
Gerona.	Dorca.	Sevilla.	Salcedo.
Gijon.	Crespo y Cruz.	Soria.	Alvarez y com
Granada.	Zamora.	Talavera.	Rioja.
Guadalajara.	Oñana.	Tarragona.	Castro.
Habana.	Charlain y Fernz.	Teruel.	Font.
Haro.	Quintana.	Toledo.	Baquedano.
Huelva.	Osorno é hijo.	Toro.	Hernandez.
Huesca.	Guillen.	Valencia.	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem.	l. García.
Jaen.	Idalgo.	Valladolid.	J. Mariana y S
Jerez.	Alvarez.	Vigo.	H. de Rodrigu
Leon.	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Fernandez Dio
Lérida.	Sol.	Vitoria.	Creus.
Logroño.	Brieba.	Ubeda.	A. Juan.
Lorca.	Gomez.	Zamora.	Perez.
Lucena.	Cabeza.	Zaragoza.	Fuertes.
			V. de Heredia